

Raymond Aron, Tocqueville y España(*)

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. LUIS DíEZ DEL CORRAL(**)

Cuando a media tarde me llamaron por teléfono de un periódico madrileño pidiéndome un comentario sobre la figura de Raymond Aron, que acababa de fallecer, no podía creermela noticia, tan entero y dueño de sí le había visto pocos días antes en París. Mas pronto se me ocurrió que acaso la imagen tan entera que ofreció podía implicar un sentido de acabamiento. Sus últimas publicaciones, de tan gran éxito, venían a cerrar y coronar una larga vida con tal plenitud de conciencia retrospectiva que no cabía añadirle un capítulo más.

También la sesión de la "Commission nationale pour l'edition de oeuvres d'Alexis de Tocqueville", que presidía Aron, había tenido un carácter concluyente. Se hizo en ella un cálculo de los volúmenes que quedaban por publicarse y se divisaba el fin de la vasta empresa con satisfacción notoria del presidente. Hablaba Aron con una unción especial de la voz y un gesto retenido de sus expresivas manos: parecía oficiar en lo que él llamaba —así lo hacía en la dedicatoria de su último libro— el "culto a Tocqueville". Era un poco el suyo propio. Para muchos, y seguramente para él mismo, Aron venía a ser una especie de reencarnación en nuestro siglo de Tocqueville, como éste lo había sido de Montesquieu en el anterior. Devoto admirador de sus antecesores, Aron se había esforzado por acercarlos, convirtiéndoles de precursores en fundadores de la sociología. La ciencia más suya.

(*) Estas páginas contienen la versión española de un artículo publicado en un número especial de homenaje a Raymond Aron, de la revista *Commentaire*, de cuyo Comité de Redacción era presidente.

(**) Disertación en Junta del martes, 5 de junio de 1983.

Tal aproximación servíale a Aron para justificar frente a sus inmediatos antecesores su dedicación a las cuestiones de la política. Comte y Durckheim no escribieron nada importante sobre política, en particular sobre el sistema que juzgaban conforme al espíritu o las exigencias de la sociedad moderna; Montesquieu y Tocqueville, por el contrario, indagaron las condiciones y consecuencias sociales de lo político, y aún actuaron o pretendieron actuar en la vida pública, como le sucedió al mismo Aron.

Pero si Tocqueville había sido, efectivamente, un Montesquieu decimonono por las claras y múltiples dependencias que se descubren en sus escritos desde fecha temprana, aunque el beneficiario no quisiese reconocerlas públicamente, en el caso de Aron no existe verdadera dependencia intelectual. Había llegado a Tocqueville partiendo del marxismo, de la filosofía alemana y de la observación del mundo presente. El tardío descubrimiento de Tocqueville por parte de Aron se debió a la total ignorancia del autor de *La Démocratie en Amérique* en los centros intelectuales donde se había formado. El nombre de Tocqueville —sorprendente olvido en un país que tanto recuerda a sus hombres de valía— no se pronunciaba en las aulas de la Sorbona o de *l'Ecole Normale Supérieure*. Quizá lo descubrió Aron en Berlín, leyendo a Dilthey, quien le dedica un comentario breve, pero de penetrante análisis.

En todo caso, Aron encontró en Tocqueville un alma gemela, bien que superior. Con ejemplar modestia Aron estuvo siempre dispuesto a reconocer la superioridad de quienes a su juicio la merecían, incluso —Sartre, Kojève, Eric Weil— entre sus amigos. ¿Vertió acaso Aron con excesivo ímpetu personal sus propias ideas en los moldes conceptuales del escritor normando, valiéndose de las ambigüedades y ambivalencias tan frecuentes en sus páginas? Es decir, ¿no resulta más oportuno hablar de adopción que de reencarnación, por grande que sea la superioridad reconocida?

Lo cierto es que Aron había levantado la hipoteca que sobre la obra de Tocqueville pesaba a favor de los anglosajones, bien en lo que respecta a la edición de sus obras, emprendida por iniciativa de un austriaco anglicanizado, J.-P. Mayer, bien en lo relativo a autoridad de los intérpretes, ostentada con rango casi de patriarca en el momento del centenario de Tocqueville por un norteamericano, G. W. Pierson. En lo relativo a España, se tradujo a su idioma Tocqueville más que a ningún otro, exceptuando el inglés, durante el siglo XIX. Interesaba especialmente a los hispanoamericano, en trance de organizar su vida constitucional. En cuanto al que estas líneas escribe, Tocqueville sirvió para estrechar sus relaciones con Aron desde que en 1965 leyera en la Académie de Sciences Morales et Politiques una contribución sobre *Tocqueville et Pascal*.

* * *

La muerte fue más condescendiente con Aron que con Tocqueville o con su amigo Sartre. Le había consentido un *sursis* de cinco años, tras la advertencia de la embolia, para que acabase cumplidamente su tarea intelectual en un sentido muy cabal. “No vivo, me sobrevivo”, se apresuró a decirme la primera vez que le vi tras su percance de salud. Le había menguado éste las facultades para llevar a cabo nuevas creaciones, no para reflexionar y dar cuenta de su vida y de su obra. Y en un triple nivel, pues no cabe olvidar la emisión televisiva de su entrevista con dos jóvenes sociólogos que tuve la suerte de ver y escuchar parcialmente, y luego *Le spectateur engagé*, libro en que se recoge con amplitud las conversaciones y que acaso resulta muy útil, por su texto incisivo y rápido, para el lector extranjero que las *Memorias*.

Por la complejidad intelectual y vital de la obra de Aron, las *Memorias* explicativas eran especialmente necesarias. Su labor en el periódico o la revista con las obligaciones especiales del editorialista, sus conexiones políticas o cuasipolíticas a lo largo de su vida o las distintas direcciones de su formación y de sus principales preocupaciones intelectuales no pueden ser debidamente entendidas sin contar con las explicaciones y las confesiones del autor. «De ce que j'ai pu paire —escribe— une partie est tout de même condamnée à disparaître très vite. Comme disait un jour Maurois à propos d'un de mes livres: “il serait notre Montesquieu s'il consentait à décoller de la réalité”.» Esa mitad *terre à terre* de la obra de Aron solo merced a explicaciones personales, que pusieron de manifiesto las circunstancias que envolvieron el nacimiento de las ideas, podía ser salvada en la medida que sea salvable.

Especialmente interesantes han sido para mí las páginas de las *Memorias* relativas al descubrimiento por Aron de Alemania, porque tuve una experiencia similar —*salvata distantia*— poco tiempo después que Aron, y porque lo primero que leí de él fueron sus libros sobre sociología y filosofía alemana. No me las descubrieron, ciertamente, tales libros, pues los estudiantes españoles de mi generación conocíamos la cultura alemana antes de desplazarnos al país de origen a través de la obra de Ortega y Gasset y de sus amigos y discípulos inmediatos. Muchas de las obras de Husserl, Heidegger, Simmel, Dilthey y Max Weber fueron traducidas al español antes que a ningún otro idioma. Pero las exposiciones y comentarios del pensamiento germánico hechos por Aron tienen un rigor, una sistematización y una claridad conceptual difícilmente igualables. Especialmente provechosa para mí fue su *Introduction à la philosophie de l'Histoire*, cuando preparé mis oposiciones a la cátedra de “Historia de las ideas y de las formas políticas” en la Universidad de Madrid.

Particular importancia reviste la proclamación clara y rotunda hecha por Aron de su dependencia respecto de la cultura alemana. Prolongaba Aron una

corta tradición: E. Durckheim y C. Bouglé habían visitado las universidades alemanas, de donde habían traído artículos reunidos en libros; mas para Aron, Alemania había supuesto mucho más. La confusión de la hostilidad política contra Alemania con la hostilidad respecto a su cultura le parecía a Aron un pecado capital cometido por la Francia de su juventud. Pero sea distinción radical que Aron establece entre cultura y política en Alemania, ¿compruébase cuando se estudia la desintegración de la República de Weimar y el ascenso del Nacional-socialismo?

Los vinculados directamente a la cultura alemana durante el período de formación intelectual, no podemos menos de hacernos esa pregunta con un cierto deje de presunta culpabilidad. “La inspiración que encontré en el historicismo alemán ¿me sacó de la buena vía, la de Durckheim y Tarde?” —se pregunta Aron—. Su respuesta es contundente. “Antes de 1939, Alemania era nuestro destino. Hasta la derrota del Tercer Reich en 1945, las ideas venidas de Alemania penetraban la historia mundial. No pertenecía más el racismo a Alemania que a los otros países europeos, pero Hegel, Marx y sus epílogos, Nietzsche y su crítica de las ideologías informaban, ilustraban, aclaraban los grandes conflictos por la dominación del mundo”.

Esos grandes conflictos por la dominación mundial fueron preocupación constante de Aron, que dedicó a su esclarecimiento intensos y prolongados esfuerzos intelectuales, condensados en sus libros más ambiciosos, *Paix et guerre entre les nations*, y *Penser la guerre, Clausewitz*. El otro extremo de su labor intelectual, pero sólo contrapuesto al modo de un polo, encontramos al Aron periodista. No son actividades contradictorias, aunque a veces parecía creerlo el mismo Aron. En todo caso, las explicaciones que da son menos necesarias para el lector español que para el francés o el alemán. Las grandes figuras de la cultura española en nuestro siglo: Unamuno, D’Ors, Ortega y Gasset escribieron constantemente en los periódicos, alternando artículos y libros. A veces las fronteras desaparecen. Los capítulos del libro más conocido de Ortega, *La rebelión de las masas*, fueron publicados antes como artículos de periódico, lo que no quiere decir que el libro fuese una simple colección de artículos periodísticos, sino que en el mundo cultural español se estableció entre el periódico y el libro una peculiar simbiosis, que algún parecido tiene con la propia de Aron.

Durante todo el largo período en que Aron escribió en *Le Figaro* estuve abonado al periódico. Muchas veces sólo leía sus artículos. Cuando conviví con él unos cuantos días con ocasión de los coloquios por él organizados y presididos en Rheinfelden sobre “La sociedad industrial”, pude darme cuenta de la rapidez con que los redactaba y de la trabazón que los unía entre sí y con las grandes cuestiones que nos ocupaban, que habían sido o iban a ser discutidas por los

participantes en el coloquio entre los que se contaban Robert Oppenheimer, George Kennan, Michel Polanyi, Bertrand de Jouvenel, etc. En tan sobresaliente concurrencia destacaba el presidente por su vitalidad intelectual, su gusto por la controversia y un arte especial para facilitar el diálogo. Tales facultades podían ejercitarse porque se basaban sobre conocimientos caracterizados más que por la vastedad y la minuciosidad del detalle, por su estructuración en torno a unos cuantos ejes fundamentales del saber, que se descubrían en la misma distribución de su biblioteca doméstica.

* * *

Si la formación intelectual de Aron debe tanto a la escuela alemana, sus conclusiones pertenecían a "L'Ecole Anglaise". Sorprendente confesión en un francés, más que ningún otro europeo envuelto en la cápsula de su cultura nacional. ¿Hay que ver en tal postura la condición judía de Aron, aunque reiteradamente haya insistido sobre la primacía de su condición de francés sobre la de judío?

Conviene tener en cuenta para comprender la apertura intelectual de Aron el gusto especial que por el comparativismo han tenido en Francia los teóricos de la sociedad y del Estado, promovido en su origen por la multiplicidad de sistemas jurídicos en la Francia del Antiguo Régimen, bien distinto del simplismo del "Common Law" inglés. Notorio es tal gusto en Bodino, en Montesquieu o en el mismo Tocqueville. Tomará en Aron un nuevo sesgo, acentuando el parangón entre el sistema ruso y el norteamericano, que ya se anticipó en forma bien conocida al final de la primera parte de *La Democracia en América*.

El comparativismo de Aron se despliega en el sentido de los paralelos mucho más que en el de los meridianos. De países del Sur sólo se ocupó Aron expresamente cuando la crisis de Argelia. En cuanto a las penínsulas europeas del Mediterráneo, les dispensó escasa atención. Es cierto que han sido escritores literarios y no científicos los que más atraídos se han sentido por Italia y España. Acaso en Aron su dimensión intelectual sofocaba la sentimental y estética. Le gustaba, según nos cuenta, "despoetizar", "desencantar". "Il est dommage que vous laissiez si rarement percer la poussée de votre nature affective" —le dice su amigo Bertrand de Jouvenel a propósito del libro sobre Clausewitz—. Reproche éste que partía del conocimiento de la naturaleza afectiva de Aron, que pronto se ponía de manifiesto en el trato personal.

Conozco dos viajes a España de nuestro autor. El primero fue motivado por la invitación de un centro de estudios internacionales madrileño para dar un curso, interrumpido por la sublevación del ejército francés en Argelia, que le hizo volver precipitadamente a París. Mi compañía fue breve por estar ausente

de Madrid; casi me limité a llevarle al aeropuerto, sumido en profunda preocupación. El otro viaje fue también breve y demasiado protocolario. Al margen de sus obligaciones de carácter más o menos oficioso, traté de ponerle en contacto con los medios intelectuales y periodísticos, especialmente, y por indicación suya, con los cercanos a la figura de Ortega.

Hace aproximadamente dos años encontré por casualidad a Aron en Caracas o, mejor dicho, en La Guaira, junto al Caribe. Su piel rubia resplandecía especialmente sobre el fondo blanco de un edificio de estilo colonial, y su mirada vagaba por el denso ambiente luminoso del trópico. Nunca fue más efusivo en el saludo, sin duda por la situación un poco de naufrago en que se encontraba ante la fachada de la inmensa mitad meridional del Continente que apenas conocía. Encontrábase al amparo de un buen introductor, Arturo Uslar Pietri, hombre culto y excelente escritor; pero me quedé con el temor de que le hubiera dado una versión excesivamente francesa del mundo hispanoamericano.

Recuerdo que en un almuerzo que organicé en París a comienzos del verano de 1951 para que se conociesen Aron y Ortega y Gasset, y al que asistió también André Siegfried, uno de los temas tratados por Ortega había sido su teoría de la mujer criolla, por la que sentía tanta admiración. Varias veces me lo recordó el mismo Aron, a quien no se le olvidaban los pormenores de aquel feliz encuentro. También lo recordaba el mismo Ortega, que no era fácil de satisfacer en cuestión de descubrimientos personales, especialmente franceses. Ortega tenía cuestiones pendientes con los intelectuales galos, tan distintos de los alemanes, y también de los anglosajones, en el reconocimiento del valor de su obra.

Aron fue una excepción. Poseía un conocimiento ciertamente limitado de la obra de Ortega, a quien consideraba esencialmente sociólogo. Pensaba que su filosofía "prolongeait la pensée de Dilthey". En el libro *Les désillusions du progrès* Aron comentaba ideas orteguianas sobre la mujer, las élites y las masas. Releyó *La rebelión de las masas* para preparar la conferencia que debía dar en Madrid sobre Ortega con motivo de su centenario en 1983. Una enfermedad le impidió realizar el viaje, pero la relectura se reflejó en sus artículos de *L'Express*, como aquel dedicado al enfrentamiento de los partidos de derechas e izquierdas y que titulaba la "double hémiplegie".

Preparábase un homenaje al pensador español con motivo de la presentación en el Centro Pompidou de una parte de la gran exposición que se organizó en Madrid con motivo del Centenario y Aron aceptó gustoso participar en el acto. La última conversación que con él tuve versó justamente sobre el enfoque que pensaba dar a su intervención. Desgraciadamente la muerte nos privó de sus palabras.